

ros y bestias mulares. Fue lenguaje comun decir todos «andamos ahora en carroças,» porque pobres y ricos paseauan la ciudad con mucho descanso y sentados en las canoas, que eran carroças de menos costo, por el mucho que tiene sustentar carroça y animales que la tiren. En canoas se llevauan los cuerpos de los difuntos á las iglesias, y en barcos curiosos y con mucha decencia se llevaua el Santissimo Sacramento á los enfermos. Vi el de la Cathedral muy pintado y dorado, su tapete y silla en que iua el cura sentado, y haciendole sombra otro con un quitasol de seda. Acompañavanle otras canoas en que iua gente que lleuauan luces, y la campanilla que se acostumbra iua delante para auissar á los menos atentos. Para resguardo de los cimientos de los edificios se hicieron vnas calçadillas. Por ellas andauan muchos á pié, y para que se pudiesen pasar las encrucijadas y bocas de las calles se hicieron muchos puentes de madera, altos, para que por lo bajo pasasen las canoas. Y las mas cassas que no eran de argamasa de cal y arena se cayeron en esta inundacion. . . .» (1)

Difficil es apreciar el número exacto de víctimas causadas por la inundación; baste para tener una idea aproximada decir, que el arzobispo D. Francisco Manzo y Zúñiga escribía al rey, con fecha 16 de Octubre del citado año de 1629, manifestándole que de veinte mil familias españolas vecindadas en México, sólo habían permanecido en la ciudad cuatrocientas, y que treinta mil indios habían perecido en aquellos días, unos ahogados, otros sepultados bajo las ruinas, y no pocos de hambre. (2)

Por exageradas que parezcan estas cifras, no se juzgarán así, teniendo en cuenta que en los momentos de mayor peligro muchísimas familias emigraron á todos los pueblos circunvecinos, algunas al interior del país y no escaso número á Puebla, que como ya hemos dicho, desde entonces comenzó á crecer en población. Relativamente al número de naturales que perecieron, tampoco parecerá extraordinario si tenemos en cuenta lo bajo de los barrios en que vivían, la inmediación á que estaban de los lagos, los materia-

(1) Segunda Parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México, Orden de predicadores de la Nueva España, lib. III, cap. XI.

(2) GIL GONZÁLEZ DÁVILA, Teatro Eclesiástico de las Indias, tomo I, fol. 61.

les que empleaban en sus mezquinas habitaciones, y el estado de miseria en que se hallaban.

Empero, hay que hacer constar que en medio de cuadro tan desolador, los consuelos de la religión y de la caridad se impartieron por todas partes, lo mismo por las autoridades civiles y eclesiásticas que por los particulares, órdenes religiosas y clero secular.

El arzobispo D. Francisco Manzo y Zúñiga hizo traer, á los tres días del famoso aguacero de San Mateo, el 24, á la venerada imagen de la Virgen de Guadalupe, en una solemne procesión de canoas, ocupadas por nobles, frailes, sacerdotes y gente piadosa, que con sendos cirios venían desde ellas alumbrando. Esto para levantar el ánimo, como consuelo espiritual muy oportuno en un siglo tan creyente; que en cuanto á los auxilios corporales, se mostró también celosísimo pastor de sus ovejas, pues él mismo salía en canoa por los barrios á visitar á los pobres, llevando tras sí gran número de otras canoas provistas de pan, maíz, frijol, carne y otras muchas viandas y cosas que repartía entre los necesitados; y su conducta fué secundada y noblemente imitada por su clero secular y por el regular, haciéndose notar los franciscanos, los dominicos y otros religiosos, que también en canoas y con víveres, repartían á los menesterosos por todos los barrios.

«No cumplía con menos exactitud las grandes obligaciones de su oficio,» el virrey D. Rodrigo de Pacheco y Osorio, marqués de Cerralvo, quien según afirma el P. Alegre, dividió «los diversos cuarteles y barrios de la ciudad entre religiosos graves y otras personas de su satisfaccion, con orden de formar una lista de todos los pobres que en ellos se hallasen. Estas personas debían ocurrir cada tercero día á palacio, donde en pan, en carne, en semillas y en reales, se les daba cuanto era menester para el socorro de las necesidades de sus respectivos autores. Mandó asimismo formar otra lista de todos aquellos que, ó por entera ruina, ó por inminente peligro de sus casas, habían quedado desacomodados, con orden de traerlos todos á palacio. S. E. se encargó de muchísimos que en uno de los mas grandes y fuertes edificios de la ciudad congregó y alimentó por mas de seis meses. Los demas repartió por las casas ricas y comunidades religiosas. Muchas personas de caudal, imitando

estos ilustres ejemplares, socorrian liberalísimamente á los necesitados, y pagaban casas en que se mantuviesen á sus expensas.» (1)

Respecto al área que abarcó la inundación, fué grande. Sólo el tramo del Empedradillo, Catedral, Arzobispado y calles de Santa Teresa, se anegó poco por estar más alto que el resto de la ciudad, tanto que se refiere que en las citadas calles de Santa Teresa se refugiaron los canes, y por esto se llamó algún tiempo «calle de los perros» á la que corre de Oriente á Poniente. El palacio y la plaza mayor se inundaron también; pero no tanto como las calles próximas.

«Mucho se ha dicho, dice el Sr. Garay, sobre el nivel á que subieron las aguas del lago de Texcoco en esta terrible inundación: fácil es, sin embargo, el fijarlo con bastante aproximación. La altura de la calle de Santa Teresa donde está la puerta lateral del antiguo Arzobispado, se conserva casi igual á la que tenía en aquella fecha. (2) Al bajar las aguas de la inundación, se rebajó del piso que formó isla alrededor de la Catedral, para aprovechar la tierra en los bajos inmediatos. Ese rebajo se nota perfectamente por Santa Teresa, las Escalerillas y Tacuba; por la Alcaicería al Sur (3) y Cordobanes al Norte. En esta calle se ven los cimientos del antiguo Colegio de Santos, (4) desenterrados 70 centímetros; y en todas las calles citadas se observa que todos los antiguos edificios, dentro de su línea, tienen escalones ó rampas en sus puertas. La escavación se terminó alrededor de la Catedral, formándose un zócalo de piedra de 70 á 80 centímetros de alto, sobre el cual descansa hoy el enverjado nuevo de hierro. Es de presumir que el rebajo se verificó hasta el límite á que habían llegado las aguas, que viene á ser el nivel actual de las banquetas inmediatas al citado zócalo, que es próximamente el mismo que el del embaldosado de mármol del monumento hipsográfico. Así, por una feliz coincidencia, ese punto de referencia para el nivel de las aguas del Valle, marca el nivel máximo de la grande inundación de México. Según los datos de Carrillo y Cepeda, que hemos citado, las demás calles deben de haber

(1) *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, tomo II, págs. 180 y 181.

(2) Ya no existe hoy día.

(3) Hoy Calles del 5 de Mayo.

(4) Aquí incurrió en una equivocación el Sr. Garay, pues el Colegio de Santos estuvo en la calle de la Acequia, y al que quiso referirse fué al Colegio de Cristo que existió en la calle de Cordobanes.

tenido *bajo ese nivel*, de una ó dos varas de profundidad en el agua de sus canales; y esa profundidad es la probable que hubiese en la esquina de San Francisco y del Callejon del Espíritu Santo, adonde se conserva un mascarón ó cabeza de león de piedra en el ángulo saliente de la casa que forma esquina, que el vulgo señala como el límite á que llegó el agua en la inundación. Es probable que ese mascarón sea una simple marca de referencia; se halla actualmente (1888), á 2 metros 15 centímetros de altura sobre la banqueta, habiendo sido colocado probablemente 3 varas sobre el agua, esto es, 2 metros 52 centímetros. El piso de hoy estará, pues, 37 centímetros sobre el nivel de la inundación de entonces, lo que concuerda bien con los datos que se han indicado.» (1)

A lo que afirma en el texto anterior el Sr. de Garay, es prudente advertir que el rebajo de que habla practicóse á fines del siglo pasado, durante el gobierno del segundo conde de Revillagigedo, pues en 1629 se hizo lo contrario, se levantó el piso de la plaza principal, como consta de las siguientes líneas que escribió D. Francisco de Sedano:

«A los indios traginantes que en canoas venian á vender sus efectos, dice refiriéndose á los días de la grande inundación, se les obligó á que cada día trajeran una canoa de tierra *para alzar el piso de la Plaza Mayor*, con lo que se volvió á poner el mercado en ella. No habiéndose inundado la Catedral, se viene en conocimiento de lo alto que estaba, y que la plaza subió de piso, de modo que vinieron á quedar debajo de tierra, las grandes piedras que en el tiempo presente se han excavado. Lo mismo sucedió con toda la ciudad, porque habiéndose echado tierra en las calles, sobre la que se asentó de la que arrastraron las aguas, subieron éstas de piso, y por esta causa se halló en la calle del Espíritu Santo, cuando se abrió la zanja para la atarjea, *una canoa á vara y media de profundidad.*» (2)

Estas últimas palabras de Sedano, que escribía hacia 1800, demuestran que se había elevado el piso de las calles en 1629, año de la inundación, y nos dan la altura que alcanzaba á principios del presente siglo.

(1) *El Valle de México*, etc., págs. 33 y 34.

(2) *Noticias de México*, artículo intitulado *Inundaciones*.

Respecto al mascarón de piedra colocado en la esquina de la calle de San Francisco y callejón del Espíritu Santo, es posible que se tomara entonces por punto de referencia, como dice el Sr. de Garay; pero no puede afirmarse esto de una manera absoluta, pues necesitaría demostrarse que siempre había estado fijo en el mismo sitio, lo que no es probable, en atención á que la casa de dicha esquina ha sido reedificada varias veces desde el siglo XVII.

En cuanto á la opinión del vulgo, que señala al citado mascarón como límite á que llegaron las aguas en la inundación de 1629, bien pudo ser exacta en esa fecha; pero es probable que en la casa que entonces existía, haya estado colocado á menos altura de la que está ahora, pues por mucho que hubieran subido las aguas durante la inundación en esas calles, no creemos que llegaran hasta el punto que ocupa actualmente la cabeza de piedra mencionada.

Restablecida la calma que se había perdido, la gente poco á poco recobró sus costumbres habituales, y aun encontró cómodo el poder comprar á las puertas de sus casas los efectos que diariamente eran introducidos en las canoas, y usaba de éstas en vez de caballos y coches para los paseos y los negocios, y el tránsito por las calles se restableció con las calzadas á que alude el P. Franco, construídas de tierra junto á las casas, «de una vara de ancho y de una cuarta mas altas que el nivel del agua, costeadas por los dueños de las fincas,» y con los puentes de madera colocados cada tres cuerdas, con tal arte, que podían levantarse para dar paso á las canoas trajineras. (1)

Pero desde antes que el peligro se presentara de un modo manifiesto, y cuando los primeros síntomas de inundación se comenzaron á hacer patentes, dadas las pésimas condiciones en que había quedado la ciudad después de la inútil y perniciosa experiencia del marqués de Gelves, por un lado la camarilla virreinal enemiga de Enrico Martín, y por otra, el vulgo que secunda siempre las pasiones de los malévolos, hicieron circular la voz de que habiendo pedido Enrico, en 20 de Junio de 1629, cierta cantidad de dinero para cerrar algunos portillos del albarradón, y habiéndosele man-

(1) SEDANO, op. cit.

dato librar el dinero, en vez de emplearlo en esto, había cerrado la boca del desagüe, impidiendo así el paso de las aguas del río de Cuauhtitlán. Añadíase que, sin orden ni licencia del virrey, había roto el *vertidero*, de lo que se había originado la entrada del río á Zumpango, cuyas aguas, derramando sobre San Cristóbal y México, amenazaban á la ciudad.

El virrey, en vista de tales acusaciones, mandó poner preso y con guardias á la vista á Enrico Martín, y nombró á D. Fernando Carrillo para que le tomase declaración, todo lo que se efectuó el 18 de Septiembre del año citado. Enrico se disculpó diciendo, que si había roto el vertidero y tapado el socavón, era por los derrumbes que había notado en éste y las fuertes y nunca vistas avenidas que penetraban por allí. Sin duda que el sabio autor del desagüe prefirió ejecutar esto, á ver completamente destruídas obras que tanto habían costado, y que no era oportuno utilizar entonces, pues no estaban concluídas del todo.

Mas he aquí que se aproxima el gran peligro, se le manda poner en libertad, y cuando él se excusa dignamente de continuar las obras, bajo pretextos aparentemente fundados, el mismo día que había de caer ó estaba ya cayendo el célebre aguacero de San Mateo, el virrey le ordena por auto de 21 de Septiembre de 1629, que vaya al desagüe, y procure con la gente y dinero que tenga, hacer lo posible por *divertir y encarcelar* el río de Cuauhtitlán, reparar los derrumbes habidos en el mes de Julio en el socavón; que si necesita más tiempo, dinero y gente, lo avise para mejor proveer, y que si juzga conveniente practicar algunas obras para impedir la fuerza de las aguas que con tanto ímpetu acudían á los lagos, lo diga, «sin reseruar cosa alguna de lo que sintiere, pues como persona por cuyas manos an corrido estas obras tendrá mayor conocimiento de los daños, y que respecto á su mucha edad, y enfermedades que tiene que le impide el baxar á los socabones del desagüe, proponga el medio ó persona de mayor inteligencia, y conocimiento de aquella obra, que le pueda ayudar, y el industriaerle para cualquier suceso de falta pueda proseguir en la obra, en lo que se juzgare conveniente á ella....» (1)

(1) CEPEDA Y CARRILLO, *Relación*, foja 27 del segundo foliaje.